

Definición y funciones de la ciudad en América Latina

JEAN CASIMIR

Durante estos últimos diez años la sociología latinoamericana ha rectificado un número importante de conceptos en relación con los fenómenos sociales de la región. Sobre todo en materia de la sociología del desarrollo, ha aclarado el carácter de subordinación de nuestra evolución. Quisiera, dentro del marco de esta sociología,¹ tratar del problema de las características de las ciudades latinoamericanas e intentar determinar sus funciones actuales.

“Las casas hacen una *ville*,* pero los ciudadanos hacen una ciudad”.² Me interesa la ciudad latinoamericana, la organización y las funciones específicas de agrupaciones de ciudadanos. Una definición de la ciudad es una definición del tipo de personas que la habita. Llamaré *urbanos* a todos aquellos que viven en una *ville*; *citadinos* a los portadores de la cultura urbana o aquellos que comprenden los mecanismos de la organización urbana, y *ciudadanos* a aquellos que ejercen sus derechos políticos.

Quizá sea atrevido desear abarcar en unas cuantas páginas unidades tan diferentes entre sí como pueden ser Puerto Príncipe o Santo Domingo y México o Río de Janeiro. Pero busco la función de la ciudad y supongo su organización interna y su orden, a pesar de la diversidad que se le puede observar: una consecuencia de su función. Yo llamo función al papel desempeñado por la unidad de población en la organización de los territorios nacionales y en las relaciones de aquéllos con las otras unidades nacionales. El análisis a continuación merece ser precisado teniendo en cuenta las particularidades históricas de la formación de cada nación y cada ciudad.

* Traducción: *ville* = ciudad; *cité* = urbe.

Función original de la ciudad

En este texto, llamaré ciudad al aparato urbano considerado como el lugar de las decisiones que afectan la vida nacional. Estas decisiones pueden reflejar los intereses y el poder *de* la totalidad nacional o los intereses y el poder *sobre* la totalidad nacional.

El enfoque cuantitativo del fenómeno urbano, al aceptar en forma tácita la existencia de un *continuum* rural-urbano, tiende a dar la impresión de que la evolución de las unidades ecológicas sencillas, como los pueblos, desembocaría en organismos complejos: las metrópolis multifuncionales de hoy en día. Pues la ciudad, es decir la *ville*, en toda la envergadura de sus funciones es esencialmente un invento, y un invento político. La ciudad latinoamericana es un organismo creado a partir de una nada demográfica con el fin de controlar las poblaciones y los territorios conquistados o por conquistar. No está ligada en los móviles de su fundación y de su sostén a la existencia de poblaciones indias que pudieran servir de subcapa demográfica. Su erección se debe a la necesidad de ofrecer un sitio privilegiado a partir del cual los portadores de los intereses de las metrópolis coloniales puedan desempeñar sus misiones. La presencia de poblaciones indias es un acondicionamiento, no una causa. Fluyen de ella proyectos específicos de explotación de los recursos disponibles. En la ausencia de tales poblaciones, estas *villes* se fundan sin embargo y se importa de otros continentes la fuerza de trabajo necesaria. Estos comentarios también son válidos aun en el caso de la *ville* de Tenochtitlan, convertida en la *ville* de México. Cortés es quien hace de Tenochtitlan una ciudad latinoamericana y, en este sentido, es él quien la crea.

Este carácter acerca la ciudad latinoamericana a más formaciones europeas del género. L. Mumford hace notar³ cómo, sobre los mercados de varios feudos, los príncipes creaban *villes* para frenar las invasiones de los bárbaros del norte. Esta ciudad se sitúa por lo tanto en un paisaje fronterizo, es un puesto de conquista, la sede de los representantes del príncipe. La *ville* latinoamericana en sus orígenes responde a esta descripción: se sitúa en las márgenes del imperio.

En Europa, las condiciones históricas de la fundación de la *ville* medioeval obligan al príncipe a conceder a los burgueses cierto número de privilegios y cierta autonomía que darán lugar

después a una oposición política y económica entre las *villes* y los campos, de donde surgirá una forma particular de unidad nacional. En América Latina, los privilegios concedidos a los ciudadanos son aún más notables, con la diferencia que no se extienden a toda la población urbana. Porque los bárbaros no viven *extra-muros*. Así nace la diferencia entre el ciudadano y el urbano.

Cada vez más, esa relación con la *ville* y el campo de América Latina difiere del todo. La *ville* surge aquí como un paisaje políticamente vacío o vaciado. En Europa, durante toda la Edad Media, es la *ville* como tal la que se beneficia de las luchas entre el poder real y los señores feudales. Una oposición análoga a aquella de los burgueses y los señores feudales, que acondiciona las relaciones particulares de los grupos sociales de la ciudad de la Edad Media, surge en América Latina una vez que se consolida nuestro tipo de *ville*, en el curso mismo del siglo XIX, durante las guerras civiles que siguieron a la independencia.

Así pues, durante toda la Colonia la casta india —paisana o urbana— constituye un anverso a los criollos y los peninsulares. En Haití o en Brasil los esclavos domésticos o esclavos de los campos son igualmente marginales frente a la estructura de la ciudad. El grupo de mestizos o de mulatos forma un sector medianero, más cerca de las castas dominadas que de los grupos dominantes en cuanto a su participación en la política de la ciudad colonial.⁴ En esta forma, los urbanos como totalidad no se oponen a los rurales. Hay cierta continuidad entre los grupos sociales campesinos y los sectores dominados urbanos. Esto explica que las luchas de hegemonía política que marcan la primera mitad del siglo XIX no hayan modificado las relaciones entre dominantes y dominados, pero sí las relaciones entre los diversos grupos de ciudadanos, independientemente de dónde se sitúen en el cuadro de relaciones *ville-campo*.⁵

Hay una coincidencia entre la sociedad civil medioeval y la sociedad urbana de Europa, que opera en el seno de la autonomía gozada por las *villes* y durante su duración. Conforme progresa la economía y cobra la forma del capitalismo industrial, el ambiente de los intereses burgueses se extiende y diversifica, mientras que el poder real se consolida y organiza la unidad territorial. La división territorial del trabajo precede, pues, a la formación nacional; el control de los medios de producción por una clase de propietarios se hace en primer lugar a la escala local. Del control

de las fracciones del territorio nace el control de la totalidad, y de este poder *sobre* la totalidad surge el poder *de* la totalidad, particularmente en oposición a los territorios de ultramar.

La formación de las totalidades latinoamericanas sigue el camino opuesto. Constituimos para los colonizadores y por definición un todo indiferenciado. El poder sobre este todo precede lógicamente e históricamente a las células locales autónomas. Del control de este todo nace la conquista y la organización económicas del territorio colonial. El control de los medios de producción se realiza a una escala global antes de concretizarse a la escala local. La división territorial del trabajo se convierte en una consecuencia de la definición *a priori* del papel de la Colonia.⁶

La autoridad política en Europa, inicialmente dispersa, se centraliza, pero permanece móvil y se desplaza con la corte del rey; después se fija en una *ville* capital. La autoridad política en América Latina surge en una unidad y con una sede determinada. La burocracia europea nace lentamente; la administración pública latinoamericana precede la constitución de un cuerpo de administradores. No integra las unidades locales, las crea.

Así pues, la ciudad latinoamericana es una avanzada del universo europeo en expansión. Se sitúa en los mercados de los imperios coloniales y está a cargo de organizar los territorios conquistados. Ella y sus ciudadanos preceden la población urbana. Domina la campiña y los campesinos que se establecen en estos muros. Es por definición el lugar de la administración pública, es decir, del poder sobre la totalidad administrada. Mientras que las necesidades políticas justifican en Europa una organización interna que a la larga definirá un sistema económico y social nuevo, en América Latina es más bien un proyecto de dominación económica que pone de pie una organización social y política.

Arreglo de poblaciones urbanas y evolución

La organización de la ciudad de la Edad Media europea proviene de cierto equilibrio de fuerzas entre las partes originales y la oposición de esta unidad a las fuerzas externas.⁷ La ciudad latinoamericana nunca ha conocido un equilibrio interno ni ninguna oposición externa. No se trata de una clase en ascensión de artesanos y comerciantes a la búsqueda del orden y la seguridad. Lejos de hacer pensar en un lugar de refugio, hace hincapié en el punto de la fuerza armada. Aguirre Beltrán ha mostrado

bien que son nuestras zonas inaccesibles las que han servido como refugios.⁸ La estructura de estratificación social de nuestra ciudad, fuertemente jerarquizada, recuerda en sus inicios la organización militar.⁹

En este momento se pueden distinguir dos tipos de organización interna: las *villes* amerindias y las agencias o antiguas agencias de esclavos. En las *villes* amerindias la población dominada es penetrada por la iglesia católica con valores occidentales. En las últimas, las *villes* del Caribe y las zonas mineras y azucareras del Brasil, la cultura original de la población dominada no ha sido directamente cortada y se elaboran sincretismos particulares.

En estos dos tipos de *villes*, un sistema exclusivo de educación pública, más o menos desarrollado, se encarga de la formación de "cuadros" Cabe notar que la difusión sistemática de los valores y actitudes interesantes para el equilibrio de la colonia, por una parte, y la difusión de los conocimientos, por otra, marcan pasos distintos. La actividad misionera no apunta hacia las poblaciones ciudadinas. La educación pública no pretende alcanzar las poblaciones de misión. A estos bajos niveles, la ignorancia es obligatoria;¹⁰ entre las élites, los valores y actitudes profesados se consideran como si coincidiesen con las enseñanzas de la iglesia.

En el curso del ascenso del capitalismo liberal, el papel de abastecedor de materias primas de América Latina se acentúa. En vez de minar la autonomía local y la autosubsistencia,¹¹ el capitalismo reforzará entre nosotros la posición privilegiada de la ciudad en relación a los grupos y territorios dominados y consolidará las áreas de refugio y autosubsistencia, puesto que las primeras materias cuya demanda crece se producen en el campo o en los pequeños núcleos de provincia, sobre superficies limitadas, cuyas aptitudes ofrecen condiciones de explotación favorables.¹²

Habiendo terminado la conquista del mundo, esta ciudad fronteriza recibe el papel de puesto de relevos.¹³ Mientras que la ciudad europea habrá de crear nuevos puestos de trabajo en el seno de su estructura de estratificación social, en un mercado hacia el empleo total, la aglomeración urbana de América Latina podrá desempeñar su función económica sin modificar substancialmente su organización de *ville* administrativa o sin soñar siquiera en el empleo total efectivo de sus recursos. Mantendrá, como siempre, en la parte inferior de su escala de estratificación, una masa desarticulada y viva al margen de las actividades administrativas

y comerciales que definen la ciudad y al margen de sus normas ciudadinas.

La función de relevo exige el desarrollo de los servicios públicos y privados que reclama el comercio de la exportación.¹⁴ Estos nuevos puestos de trabajo —necesariamente reducidos— son llenados por elementos llamados de las clases medias originarias, ya sea de la provincia, ya sea del sector artesanal de la ciudad. Es el principio de nuestro proceso de urbanización y la primera extensión significativa del número de los ciudadanos.

En la parte superior de la escala de estratificación, comerciantes y grandes plantadores —a través de alianzas más o menos felices— asegurarán el control de la ciudad, con o sin la participación de los sectores medios. La exclusión de estos últimos, en el caso de México, parece haber sido una de las causas principales de la revolución de 1910.¹⁵ Entre más se acerca uno a situaciones de explotación agudas durante el periodo colonial, mayor es el número de ciudadanos y ciudadanos que se restringe,¹⁶ por lo tanto se nota en grado mayor la exclusión, hay menos movilidad social y más marginales,¹⁷ hasta alcanzar la marginalidad a una nación entera; el caso de Haití prácticamente excluye relaciones económicas internacionales y formalmente excluye el concierto de las naciones latinoamericanas, aunque sea por un periodo breve.¹⁸

Este paso del papel de puesto fronterizo a aquel de centro de posta supone una especie de estrechamiento de las relaciones con las metrópolis europeas. Los lazos de dependencia se hacen más estrechos. Las ciudades claves del subcontinente ya no son las mismas. Lima y México ceden su lugar a las *villes* del Atlántico del sur.¹⁹ Pero como en estas distintas etapas todos los países de la región fueron colonias de explotación, unidas a un mercado exterior a través de enclaves económicos, la función de posta se sobrepone al hecho original: la función política y administrativa de la ciudad frontera. Por lo tanto, no es una mutación de función, sino una complejidad más grande, evidente sobre todo en el caso de Río de Janeiro y San Pablo.

Debemos recordar que, durante todo este periodo de desarrollo orientado hacia el exterior, los sectores de empleo que se inflan se sitúan sobre todo en el nivel terciario. Las empresas industriales denominadas hoy en día tradicionales se multiplican, y la mano de obra empleada sufre una expansión menos marcada.

Con este dualismo de función empieza la crisis de la ciudad latinoamericana. Por una parte, la influencia más grande (anglo-

sajona y francesa) que acompaña el ascenso del capitalismo imperialista²⁰ se realiza evidentemente en detrimento de los lazos con la península ibérica, y mina la empresa de la acción educativa y cultural de la Iglesia sobre las capas urbanas.²¹ Por otra parte, la expansión de una economía dirigida hacia el exterior implica el surgimiento de nuevos grupos de ciudadanos, que se inician en la ciudadanía como clase, es decir, mediante las organizaciones políticas que reflejan sus intereses. Además, la nueva dependencia económica supone esfuerzos correlativos de substitución de importaciones cada vez que las economías centrales sufren una crisis. Así, las clases dominadas hacen modestamente el aprendizaje de nuevas formas de empleo, de un nuevo papel en la ciudad. Éste es el momento en que nace el urbano marginal propiamente dicho. En este momento, las ciudades perdidas empiezan a marcar el paisaje urbano²² a causa de la presión de nuevos ciudadanos sobre las tierras con propietario pero que no están ocupadas.²³

Conforme la actividad industrial comienza a caracterizar ciertas ciudades nuestras en forma paralela con el aumento de las clases medias ligadas directa o indirectamente al comercio de exportación, ciertos miembros de las clases bajas —los obreros de estos mismos sectores— obtienen de hecho su derecho de ciudad. Las consecuencias de la Revolución Mexicana, o los esfuerzos de los obreros de origen europeo, llevarán después al reconocimiento formal de estos grupos. Pero esta expansión de la estructura de estratificación social citadina no tiene ni el poder ni el tiempo de promover al papel de ciudadanos al conjunto de los grupos marginales urbanos que las corrientes incrementadas de migración rural renuevan. Desde este punto de vista, la continuidad población rural-población marginal urbana se mantiene a pesar del desprendimiento del sector obrero.

Durante el punto medio del periodo de crisis del liberalismo,²⁴ en los años 30 y 40, los desequilibrios y los conflictos que dividen a los países hegemónicos se acentúan. Se sub-utilizan las postas. El sector industrial tiende, pues, a convertirse en el sector dinámico de la economía, que se dirige hacia su mercado interno. La ciudad aprende, en forma consciente, la política autónoma; se convierte de una vez en el centro del territorio nacional.

El Estado que resulta de las alianzas específicas que esta conversión supone en cada país asume funciones nuevas. Las clases medias están eufóricas, la administración pública aumenta sus cuadros. La demanda de trabajo manual crece. Los obreros y los marginados

hacen acto de presencia en la escena política, definiendo una dirección populista de los asuntos del Estado.²⁵

Una nueva organización de la ciudad se crea y está a punto de institucionalizarse rápidamente. Todas las capas sociales urbanas proyectan esta nueva organización. Aun antes de participar en el sistema de producción, todos los urbanos se ven afectados por el sistema de distribución. La marginalidad se convierte en un hecho de conciencia social. Se ha intentado destruirla integrando en masa al marginado urbano. La propaganda política, como instrumento de socialización, se hace en la *ville* casi tan universal como era la propaganda religiosa en el medio rural. Cabe subrayar que las clases bajas se inician en la ciudadanía como masas, porque las organizaciones obreras no sabrían incluirlas sin una expansión vertiginosa del empleo industrial. Por primera vez la ciudad incluye la *ville*, por primera vez se marca netamente una oposición *ville-campo*.

Este movimiento se generaliza bajo una u otra forma en casi toda América Latina. En el caso de Brasil, los antiguos puestos de esclavos se convierten hasta cierto grado en las postas de las *villes* meridionales.²⁶ Las *villes* del cono sur y los grandes centros mexicanos se industrializan y emprenden la conquista económica de sus colonias internas. Las otras *villes* amerindias y del Caribe conservan las postas en desempleo,²⁷ pero prueban sin embargo su fórmula populista.

El proyecto de reformulación de la organización interna citadina y de las relaciones de la ciudad con los territorios que organiza sólo se concretiza a medias. Rápidamente —desde el punto de vista latinoamericano— las potencias económicas solucionan sus diferendos. La función de posta, que se dejó caducar durante la recesión y la segunda guerra, se ha revivido. Permite acelerar el proceso de industrialización. Con este sesgo, refuerza la posición de la *ville* como centro polar de los movimientos económicos y sociales de los territorios nacionales, al mismo tiempo que los acerca al espacio económico de las naciones industrializadas.

La política redistributiva populista no logra exceder un ciclo de expansión económica,²⁸ y tampoco se puede integrar al mismo ritmo de la población marginal. Las inversiones extranjeras se multiplican, los puestos industriales para personal no-calificado se hacen cada vez más inestables. La situación de las clases dominadas se degrada, mientras que el número de sus integrantes sigue aumentando a causa del proceso de urbanización, que se

encuentra en su apogeo. Por su parte, las clases medias presionan sobre el sistema con el fin de mantener su parte proporcional de beneficios, puesto que ya no parece ser posible ampliarla.

Sin embargo, nuestros países producen más riquezas. La propaganda política se embrolla. Las fórmulas populistas de participación política ya no son aceptadas: los gobiernos izquierdistas desaparecen uno tras otro. Las instituciones políticas caducan y el poder se hace cada vez más exclusivo, hasta caer en manos de *cliques* militares o paramilitares que prueban una política de alianzas entre los sectores dominantes.

Intento de definir la ciudad

La ciudad fronteriza, posta, cuasi centro del territorio, está en plena crisis:

1) La modificación de sus funciones complica su estructura sin abandonar los papeles tradicionales. Las ciudades latinoamericanas son todas integradas en un mismo sistema de control y de explotación de recursos mundiales. A distintos niveles, participan en las tres funciones mencionadas. De todas maneras, todavía en la actualidad algunas de ellas desempeñan esencialmente el papel político y administrativo de puesto fronterizo: el caso de Puerto Príncipe, por ejemplo. La mayor parte de las otras ciudades son a la vez centros administrativos y comerciales —las metrópolis incompletas de Milton Santos—,²⁹ mientras que solamente las grandes capitales se convierten en casi centros de territorios nacionales.

2) La ciudad no tiene una fórmula de política económica capaz de satisfacer a todos los ciudadanos y asegurarles un empleo. Los grupos dominantes no pueden asegurar el crecimiento económico y aplicar las fórmulas de política redistributiva del ingreso. No pueden aliarse con las clases medias, principales heraldos de esta política. Las poblaciones marginales constituyen un verdadero peligro, sobre todo debido a su inserción directa en el sistema político sin la intervención de organizaciones propias con ideologías definidas.³⁰ Han recibido brotes viniendo de los sectores obreros. Convertidas definitivamente en ciudadanos y ciudadanos, protegen —bajo el abrigo de su aparente pasividad— movimientos completamente subversivos del orden público. Las formas de organización política no preveían esta diversificación del grupo de ciudadanos.

No se puede dejar funcionar libremente el sistema institucionalizado de participación y de expresión de ideas en lo que se refiere a la política. No sólo no se respeta ya el voto individual, sino que hay que declarar fuera de la ley a partidos políticos enteros, despojando a sus líderes de sus derechos ciudadanos.

3) La ciudad para intentar ser un centro territorial rico —sin preocuparse de su autonomía— debe internacionalizar su sistema económico. La banca, el gran comercio y las industrias consideradas como modernas tienden a integrarse en monopolios extranjeros.

4) El sistema de educación pública se ha multiplicado fuera de proporción, sin alcanzar las tasas de crecimiento de la población. La expansión de este sistema produce demasiados ciudadanos con aspiraciones más elevadas que las posibilidades de satisfacción de esta forma de sociedad. Los conocimientos difundidos no parecen corresponder a las necesidades de las células económicas y administrativas.

La ciudad entrega a las comunicaciones en masa —controladas ellas mismas ya sea por las inversiones extranjeras, ya sea por los contenidos culturales elaborados en el extranjero— el papel de la difusión de valores, en sustitución de la propaganda católica (que ella misma ha hecho arcaica) y de la propaganda política, que se ha vuelto ineficaz a causa de la política de crecimiento económico basado en la internacionalización del mercado interno.

Se puede definir la ciudad latinoamericana a dos niveles diferentes. Tiene un lugar determinado en la geografía mundial y un papel específico en la organización de los territorios nacionales. Estas dimensiones lógica e históricamente se jerarquizan. Las definiciones que sólo consideran la primera están incompletas, mientras que las que se limitan a la segunda corren el riesgo de equivocarse, puesto que hacen una abstracción de la historia latinoamericana y de la dependencia fundamental de nuestros países.

a) *Definición de la ciudad latinoamericana desde el punto de vista de su lugar en la geografía mundial*

1. *Papel político.* La ciudad latinoamericana es una unidad política secundaria, sede del poder sobre las totalidades nacionales mismas de segundo orden. El poder de estas naciones no está estructurado o apenas se estructura, a causa del carácter particular

de las relaciones entre sus unidades administrativas integrantes. La ciudad no representa necesariamente los intereses *de* estas naciones consideradas como unidades políticas, sino los intereses *en cuanto* a estas totalidades. En el concierto internacional, estas ciudades —expresión máxima de las unidades políticas dependientes— no tienen voz, excepto en los temas de menor importancia para la comprensión mundial.

2. *Papel económico.* La ciudad latinoamericana es un puesto de productos brutos o semielaborados en dirección al mercado exterior, una posta o una bisagra de las finanzas internacionales y un centro industrial polarizado técnicamente por las economías centrales. La influencia de esta ciudad sobre las totalidades que organiza representa, a la vez, una transferencia simple de los efectos de polarización de los países metropolitanos y una influencia propia cuyo impacto varía de acuerdo con el grado y el tipo de industrialización logrados. El control de este segundo tipo de impacto por los grupos nacionales depende del grado de internacionalización del mercado nacional.

3. *Composición social.* La ciudad latinoamericana es la sede de grupos directores menores de la economía capitalista. Estas clases dependientes se encargan de la integración de los países que dominan al mundo occidental. Las normas en cuestión de economía, política, relaciones sociales, cultura, etcétera, son idénticas a las normas que rigen los países desarrollados occidentales, aunque las formas de organización que se derivan de estas normas pueden asumir cierto color local. Para la decisión de los asuntos concernientes a las relaciones internacionales, estas clases pasan sobre la opinión de otros ciudadanos.

4. *Papel cultural.* La ciudad latinoamericana es un centro cultural consumidor de los conocimientos y las formas científicas y técnicas. Se ubica en la frontera cultural del Occidente. Sus aportaciones al progreso del conocimiento y a la evolución artística mundiales están esparcidas, son esporádicas e inarticuladas. Es, pues, un centro cultural periférico o marginal.

b) *Definición de la ciudad latinoamericana desde el punto de vista de su papel en la organización de los territorios nacionales*

1. *Papel político.* La ciudad latinoamericana es una unidad política primaria colocada en la cima de una jerarquía de centros

de población ligados administrativamente. Su fuerza política sobre los centros que le están subordinados es generalmente superior a la fuerza agregada de éstos. Las unidades de población de menor importancia se comunican entre sí al pasar por la ciudad principal. La ciudad ejerce, pues, un poder sobre la totalidad administrada, sin desbatar el poder de esta totalidad.

En los grandes países de la región (los más estructurados políticamente, que se han formado de varias *villes* importantes) se puede cortar bastante claramente el área de influencia de cada metrópolis regional. El poder de la totalidad administrada se estructura al nivel de dos o tres *villes* principales y aún no abarca todo el territorio. En otros países, la ciudad capital determina el grueso de las influencias sobre el interior.

2. *Papel económico.* La ciudad latinoamericana es el lugar donde se deciden los tipos de actividades económicas nacionales, su naturaleza y su alcance. El poder de decisión tiende a ser absoluto, vis a vis el área de influencia, aunque depende, en gran parte, de los intereses y oportunidades que ocurren a nivel internacional. La ciudad constituye el grueso del mercado nacional y, con ciertas excepciones, es el lugar de la industria, el gran comercio y los servicios financieros. La especialización funcional de las ciudades es un fenómeno reciente que aún no se consolida.

La ciudad latinoamericana es una unidad económica dominante que mantiene —fuera de numerosas colonias o zonas de reservas— zonas de apoyo, territorios generalmente cerca de donde ocurren movimientos económicos pendulares que tienden a ampliarse.

3. *Composición social.* La ciudad latinoamericana es la sede de la ciudadanía nacional. Ésta, originalmente formada por representantes inmediatos de las metrópolis coloniales, ha integrado sucesivamente las clases medias, los obreros y los “marginales”. La voz de los ciudadanos se escucha y puede ser decisiva para todo lo que está relacionado con la estricta economía de la ciudad, en la medida en que sus decisiones no causan perjuicio a las obligaciones de la ciudad, saliendo de su papel en la geografía mundial. De todas maneras, en el curso de estos últimos años, las élites dirigentes tienden a satisfacer las necesidades de los ciudadanos evitando las consultas sistemáticas.

A pesar de cierta movilidad social vertical, las clases medias y dominantes heredan sistemáticamente su categoría³¹ y crecen sobre todo reuniendo a los elementos de provincia de la misma extracción

social.³² Los obreros ciudadanos de fecha reciente y su participación en la movilidad social ascendente está reducida. Una estratificación interna de las divisas en obreros de grandes empresas modernas y obreros de empresas medias y tradicionales. Cabe recordar que la clase obrera latinoamericana nace de un sector marginal y que el subempleo es un elemento constitutivo de nuestro mercado de trabajo y no una consecuencia de la evolución de las formas de organización social y aún menos una consecuencia de la reciente industrialización. Las clases dominadas, convertidas en clases ciudadanas, en su esfuerzo de participación en el sistema político, parecen oponerse a las autoridades públicas y no propietarias inmediatas de los medios de producción.³³

4. *Desde el punto de vista cultural:* La ciudad es la fuente de todo conocimiento en cuanto al tema de la totalidad nacional. Estos conocimientos vienen generalmente del exterior, excepción hecha de los dominios donde los institutos de investigación comienzan a recibir un poco de atención monopolizada por los centros de enseñanza. El conocimiento o la conciencia de la ciudad se confunde con el conocimiento y la conciencia de la nación. En los grandes países, sin embargo, paralelamente con el desarrollo más pujante de la investigación científica y la aparición de los marginales en la escena política, la cultura citadina se enriquece con contribuciones de cultura consideradas como populares, aunque esencialmente con provinciales y rurales. Consecuencia quizá perdurable de los movimientos políticos populistas, la ciudad sigue aprendiendo algo sobre la heterogeneidad y la riqueza cultural nacional.

Presenta a la vez el problema de la reforma de la educación nacional, es decir, de la instrucción pública, del crecimiento de este sistema, así como el de la extensión de los centros de investigación. Estas tendencias se observan paralelamente con una difusión más grande de las normas y valores elaborados en los países industrializados, por medio de las comunicaciones de masas³⁴ y por una penetración más grande de los centros de enseñanza e investigación por las metrópolis culturales internacionales. La ciudad no ha escogido entre estas dos corrientes, y aun menos tiene tiempo de hacer la síntesis.

¹ Esta comunicación, preparada cuando prestaba mis servicios en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, ha sido elaborada a partir de:

a) Trabajos de F. H. Cardoso, P. González Casanova, R. Stavenhagen, A. Quijano, O. Ianni, A. Frank, E. Faletto y O. Sunkel, para citar simplemente a sus autores.

b) Los proyectos de investigación del Instituto de Investigaciones Sociales: "Desarrollo, productividad y estructura social", estudio empírico que abarca nueve *villes* del centro-sur de México, y "Relaciones *ville*-campo de México".

² J. J. Rousseau, citado por L. Mumford, *The City in History. Its origins, its transformations and its prospects*. Londres, Secker & Warburg, 1963, p. 93.

³ L. Mumford, *op. cit.*, p. 262.

⁴ O. Sunkel y P. Paz (en *El Subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. México, Siglo XXI, 1970, p. 301) escriben: "En lo que se refiere a la libertad individual y a la igualdad entre las personas, y a todo lo que descansa sobre estos preceptos, el nuevo sistema liberal se aplica en realidad sólo a una parte de estas sociedades, los grupos dominantes nacionales... Siguen predominando las instituciones y formas de dominación social que se habían ido estableciendo, durante la Colonia, entre las clases oligárquicas y los grupos mestizos, indígenas y negros... Es éste un hecho de importancia primordial, que conviene subrayar, porque es un legado de nuestra historia colonial que determina rasgos de la estructura social que se mantendrán, en muchos casos, hasta nuestros días."

⁵ "Ces révolutions qui ne furent ni des révolutions sociales, ni des révolutions économiques..." Jacques Lambert, *Amérique Latine. Structures Sociales et Institutions Politiques*. P./U.F., 1963, p. 2.

⁶ La convergadura actual de las *villes* mineras mexicanas prueba bien este hecho. Guanajuato ha podido subsistir porque estaba en la sede de un proyecto de conquista. En todas las demás partes las *villes* mineras son *villes* fantasmas. "En la organización de la estructura social de las colonias españolas importa señalar que la ciudad es el centro principal de la comunidad desde donde se ejercen las principales funciones políticas, sociales y culturales." (O. Sunkel y P. Paz, *op. cit.*, p. 281). Estos mismos autores hacen notar que la historia de la *ville* colonial brasileña presenta ciertas particularidades a causa de diferentes tipos de economía que se han seguido, uno tras otro, en las distintas regiones de este país-continente. El universo de los ciudadanos no se ha concentrado en la ciudad sino solamente hasta después de un proceso histórico que se consolida a fines del siglo XIX (*ibid.*, p. 337).

⁷ D. Mumford, *op. cit.*, p. 252.

⁸ G. Aguirre Beltrán, *Regiones de Refugio*. México, Instituto Indigenista Interamericano, 1967. Quizás cabe subrayar que la ciudad latinoamericana ha servido como refugio a los propietarios mexicanos perseguidos por la revolución de 1910 y desposeídos más tarde por la reforma agraria. Pero se trata de otro tipo de fenómeno.

⁹ L. Mumford, *op. cit.*, p. 330.

¹⁰ "A la Iglesia corresponde... la función evangelizadora de los indígenas; y junto a la tarea religiosa, la Iglesia tiene un papel educacional..." (Sunkel y Paz, *op. cit.*, 281-282). En lo que se refiere al papel de la ignorancia en las clases dominadas, véase: T. A. Vasconi, *Educación y cambio social*. U. de Chile, Fac. de Ciencias Económicas, 1967, p. 49 y J. Casimir, "Integración Culturelle en Haiti" Comunicación presentada en el Symposium Cultura y Desarrollo en Haití, Montreal, mayo de 1970.

¹¹ L. Mumford, *op. cit.*, p. 146.

¹² C. Furtado, *Teoría y política del desarrollo*. México, Siglo XXI, 1970 y F. H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*. México, Siglo XXI, 1970.

¹³ A. Quijano, "Dependencia, cambio social y urbanización en América Latina", *Cuaderno de Desarrollo Regional*, Centro Interdisciplinario de Desarrollo Urbano y Regional, U. Católica de Chile, marzo 1968.

¹⁴ F. H. Cardoso y E. Faletto, *op. cit.*; O. Sunkel y P. Paz, *op. cit.*

¹⁵ F. H. Cardoso y E. Faletto, *op. cit.*

¹⁶ Véase la comunicación de G. Frank en el IX Congreso Latinoamericano de Sociología, noviembre de 1969.

17 "In the context of incorporation in the structure of employment... the occupations accessible (to marginal groups) are characterized by their very low status and high degree of insecurity... The feature these activities have in common is... that they never involve the basic economic roles of a society." United Nations, *Social Change and Social Development Policy in Latin America*. Nueva York, 1970, p. 89.

18 En la Conferencia de Panamá en 1823. La independencia de Haití se reconoció por Estados Unidos de América en 1962, o sea más o menos 60 años después de la proclamación.

19 A. Quijano, *op. cit.*

20 T. A. Vasconi, *op. cit.*, p. 49.

21 El ejemplo más notable de estas modificaciones lo ofrece la clase media mexicana, su concepción de la revolución de 1910 y su reformulación de las normas relacionadas con la participación de la Iglesia en la sociedad. Prohibida fuera de la ciudad, la Iglesia mexicana se ve reducida a una estricta acción misionera en relación a los rurales y urbanos no citadinos. Se convierte en un fenómeno rural.

22 Lucien Parisse señala el fin del siglo XIX para las *favelas* brasileñas, en "Las favelas en la expansión urbana de Río de Janeiro: estudio geográfico", *América Latina*, Río, 1969, año XII, núm. 13, p. 8.

23 A. Leeds, "The Significant Variables Determining the Character of Squatter Settlements", *América Latina*, Río, 1969, año XII, núm. 13, pp. 44-86.

24 Siguiendo la clasificación de O. Sunkel y P. Paz, *op. cit.*

25 F. H. Cardoso, *Cuestiones de sociología del desarrollo de América Latina*. Chile, Ed. Universitaria, 1967, pp. 42 y siguientes. L. Parisse, por su lado, hace notar que en 1940 las *favelas* se convierten en un "problema urbano", *op. cit.*

26 J. Casimir, "La estructura de dominación ciudad-campo", *Revista Mexicana de Sociología*, nueva época, vol. xxxi, núm. 1, 1969.

27 O. Sunkel y P. Paz, *op. cit.*, p. 353.

28 F. H. Cardoso, *Cuestiones de sociología del desarrollo*, p. 44.

29 Milton Santos, *As Cidades nos Países subdesenvolvidos*. Civilização Brasileira, 1965.

30 Para una definición de esta situación de masa véase: F. Cardoso, *ibidem*.

31 Cf. los trabajos de G. Germani, *Política en una época de transición*. Buenos Aires, Paidós, 1962; de B. Hutchinson, *Mobilidade a Trabalho*. Centro Brasileiro de Pesquisas Educacionais, y de J. Casimir, "Estratificación Social en México", comunicación presentada en el IX Congreso Latinoamericano de Sociología, noviembre de 1969.

32 En el caso de México, al menos en lo que se refiere a la ciudad de México y a la de Puebla, la agregación de élites provinciales es clara. En los otros países de la región el hecho de que "los nuevos grupos sociales si no desplazaron a los antiguos para ocupar sus posiciones, se constituyeron con un dinamismo ascendente de suficiente importancia como para permitir que algunos de los nuevos segmentos alcanzaran los niveles superiores del sistema de estratificación" parece sugerir la existencia de una movilidad semejante. F. H. Cardoso, *op. cit.*, p. 100.

33 Enzo Faletto, *Incorporación de los sectores obreros al proceso de desarrollo (Imágenes sociales de la clase obrera)*. Chile, ILPES, 1965, mimeo.

34 "If there is anything genuinely Latin American in Latin American youth, it is clear that the communications media seem to be designed to destroy it." United Nations, *op. cit.*, p. 155.